



Dolores Veintimilla: ¿Y qué si yo digo...?

Dolores Veintimilla: So what if I say...?

RESUMEN

Dolores de Veintimilla nació en Quito cuando corría el año 1829 y el 23 de mayo de 1857 decidió su fallecimiento en la andina ciudad de Cuenca, cuando se aproximaba su cumpleaños 28. Pese a la brevedad de su vida y obras, algunos autores la consideran la escritora ecuatoriana más importante del siglo XIX o como la iniciadora del movimiento romántico en este país. Además de su gran virtuosidad literaria, lenguaje fusionado con cruda emoción, trató temas que pueden considerarse totalmente prohibidos para las damas que vivieron aquel entonces, desnudó su sensualidad y deseo, gritó sus anhelos y su soledad. Asimismo, la crítica reconoce su entereza para defender los derechos de grupos vulnerables como la mujer y los indígenas. De hecho, ella misma debió defenderse de los rumores ofensivos de una sociedad conservadora y católica que no le perdonaba su actividad extra-hogar. En esta oportunidad, se han reunido textos en prosa y verso, además de una carta en la que defiende su honor y el texto que le costó la vida: su crítica a la pena de muerte.

Palabras clave: Dolores Veintimilla, siglo XIX, cruda emoción, sociedad conservadora, persecución.

ABSTRACT

Dolores de Veintimilla was born in Quito in 1829 and on May 23, 1857 she decided to die in the Andean city of Cuenca, when her 28th birthday was approaching. Despite the brevity of her life and works, some authors consider her the most important Ecuadorian writer of the 19th century or as the initiator of the romantic movement in this country. In addition to her great literary virtuosity, language fused with raw emotion, she dealt with subjects that could be considered totally forbidden for the ladies who lived at that time, she bared her sensuality and desire, shouted her longings and her loneliness. Likewise, critics recognize her fortitude in defending the rights of vulnerable groups such as women and indigenous people. In fact, she herself had to defend herself from the offensive rumors of a conservative and Catholic society that did not forgive her for her extra-home activity. In this opportunity, texts in prose and verse have been gathered, as well as a letter in which she defends her honor and the text that cost her life: her criticism of the death penalty.

Keywords: Dolores Veintimilla, XIX century, raw emotion, conservative society, persecution.



Recuerdo

En 1847 tenía 17 años cumplidos. Hasta esa edad mis días habían corrido llenos de placeres y brillantes ilusiones. Con la mirada fija en un porvenir risueño y encantador, encontraba bajo mis plantas una senda cubierta de flores, y sobre mi cabeza un cielo tachonado de estrellas.

Era feliz! y pensaba que nunca se agotarían esas flores ni se apagarían esos astros!!.....

Adorada de mi familia, especialmente de mi madre, había llegado a ser el jefe de la casa; en todo se consultaba mi voluntad; todo cedía al más pequeño de mis deseos; era completamente dichosa bajo la sombra del hogar doméstico, y en cuanto a mi vida social; nada me quedaba que pedir a la fortuna.

Desde que tuve 12 años me vi constantemente rodeada de una multitud de hombres, cuyo esmerado empeño era agrardarme y satisfacer hasta mis caprichos de niña.

Una figura regular, un pundonor sin límites y buen juicio acreditado, me hicieron obtener las consideraciones de todas las personas de las distintas clases sociales de mi patria.

A la edad de 14 años, un sentimiento de gratitud vino por primera vez a fijar mi atención en uno de mis amigos: hasta entonces mi corazón ligero y vago, como el volar de la mariposa, no había hecho más que escuchar con desdén, y si se quiere con risa los suspiros de los que me rodeaban. Se me había enseñado que los hombres no aman nunca y que siempre engañan: esto me hacía reír de ellos sin escrúpulo.

Poco a poco ese sentimiento de gratitud se cambió en una afección tierna, sentida y bienhechora que me ofreció mil y mil encantos.

La confianza que mi madre tenía en mí me daba una completa libertad; era, pues, señora de mi acciones y de mis horas, y podía ver a mi amigo, que lo era también de mi madre, a mi satisfacción, estar y pasar sola con él, sin caer siquiera en cuenta que mi fortuna era una especialidad.

Respetada siempre por él, uno de mis placeres más íntimos era estar tranquila a su lado. A este hombre virtuoso es a quién debo la mayor parte de mis buenos sentimientos. Las horas que pasábamos

juntos las empleaba en formar mi corazón para la virtud. Joven de 19 años, su amor le había vuelto reflexivo y prudente.

Después de cuanto años debíamos unir para siempre nuestro porvenir, y nunca escuché de sus labios la más ligera expresión que pudiera ruborizarme. Noche enteras pasábamos juntos en medio de la exaltación del baile, sin que me pudiera comprender su cariño sino por medio de mil delicadas atenciones; por su arrebatado disgusto se notaba que la más pequeña indiscreción de los que me rodeaban había lastimado profundamente su corazón.

Su alma noble no me inspiró jamás sospechas ni inquietudes. Me había prometido amarme siempre, le había ofrecido yo pertenecerle por toda mi vida, esto nos hacía felices.

Ah! no se puede negar, aun cuando se diga lo contrario, que también el corazón de los hombres tiene impulsos generosos y abriga sentimientos elevados y las más saludable emociones para la virtud!

A mis enemigos

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
que en mi rostro, traidores, escupís
de la infame calumnia la ponzoña
y así matáis a mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata
que arroja de los vientos al confín
los lamentos de su alma atribulada
y el llanto de sus ojos? ¡ay de mí!

¿Envidiáis, envidiáis que sus aromas
le dé a las brisas mansas el jazmín?
¿Envidiáis que los pájaros entonen
sus himnos cuando el sol viene a lucir?

¡No! ¡no os burláis de mí sino del cielo,
que al hacerme tan triste e infeliz,
me dio para endulzar mi desventura
de ardiente inspiración rayo gentil!

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
lo que en mi pensamiento osa vivir?
Por qué matáis para la dicha mi alma?
¿Por qué ¡cobardes! a traición me herís?



No dan respeto la mujer, la esposa,
La madre amante a vuestra lengua vil...
Me marcáis con el sello de la impura...
¡Ay! nada! nada! respetáis en mí!

Anhelo

¡Oh! ¿Dónde está ese mundo que soñé
Allá en los años de mi edad primera?
¿Dónde ese mundo que mi mente orló
De blancas flores?... Todo fue quimera!

Hoy de mí misma nada me ha quedado,
Pasaron ya mis horas de ventura,
Y sólo tengo un corazón llagado
Y un alma ahogada en llanto y amargura.

¿Por qué tan pronto la ilusión pasó?
¿Por qué en quebranto se trocó mi risa
Y mi sueño fugaz se disipó
Cual leve nube al soplo de la brisa...?

Vuelve a mis ojos óptica ilusión,
Vuelve, esperanza, a amenizar mi vida,
Vuelve, amistad, sublime inspiración...
Yo quiero dicha aún cuando sea mentida.

Quejas

¡Y amarle pude! Al sol de la existencia
Se abría apenas soñadora el alma...
Perdió mi pobre corazón su calma
Desde el fatal instante en que le hallé!
Sus palabras sonaron en mi oído
Como música blanda y deliciosa;
Subió a mi rostro el tinte de la rosa;
Como la hoja en el árbol, vacilé.

Su imagen en el sueño me acosaba,
Siempre halagüeña, siempre enamorada:
Mil veces sorprendiste, madre amada,
En mi boca un suspiro abrasador.
Y era él quien arrancaba de mi pecho,
Él, la fascinación de mis sentidos;
Él, ideal de mis sueños más queridos;
Él, mi primero, mi ferviente amor.

Sin él, para mí, el campo placentero
En vez de flores me obsequiaba abrojos:
Sin él eran sombríos a mis ojos
Del sol los rayos en el mes de Abril.
Vivía de su vida apasionada;
Era el centro de mi alma el amor suyo;
Era mi aspiración, era mi orgullo...
¿Por qué tan presto me olvidara el vil?
No es mío ya su amor, que a otra prefiere:
Sus caricias son frías como el hielo,
Es mentira su fe, finge desvelo;
¡Mas no me engañará con su ficción!...
¡Y amarle pude delirante, loca!
No, mi altivez no sufre su maltrato;
Y si a olvidar no alcanzas al ingrato
Te arrancaré del pecho, corazón!

Carta al público

Una imperiosa necesidad me hace volver a escribir para el público. Se ha presentado ante él, con el epígrafe de Zoila, un libelo en el que su autor cubierto con la impunidad que ofrece el disfraz calumnia la reputación de la mujer escritora de una Necrología. Yo, la escritora de ese papel, como mujer, no he podido ver sin afectarme profundamente, ni pasar en silencio el que tan sólo por satisfacer odios gratuitos, se ataque en público el sentimiento más caro de mi corazón: mi honor. Cuando la calumnia, hidra espantosa, clava sus dientes envenenados en el crédito de una mujer virtuosa, sensible y digna, a ésta sólo le quedan tres medios de salvación -su conciencia tranquila- la conciencia íntima de sus detractores y el sentido común de las personas sensatas.- Su conciencia tranquila para resistir a tamaña injuria sin que destruya su vida o se desorganice su cerebro: la conciencia íntima de sus detractores para que sientan toda la indignidad de atacar cobardemente la reputación de una mujer, y el sentido común de las personas sensatas para que vean de cuál lado está la ignominia, si en la publicación de una hoja inofensiva o en esas producciones escritas con hiel y sin rastro siquiera de mérito literario, contra una persona que cree que no ha causado mal alguno a los habitantes de este lugar.



Apelo, pues, a esos medios de justificación: pido a mi calumniador a los que con él piensan que, sin valerse del anónimo ni de ningún otro medio semejante, se presenten ante el público y entonces mirándonos de frente ante él, me citen un solo hecho por el que se me pueda echar a la cara la mancha indeleble y asquerosa de la degradación: pido el sentido común de las personas sensatas que, considerando la honradez de los primeros años de mi vida, mi educación, mis costumbres, el trabajo constante en que vivo, mi posición social, mi fortuna y en fin el conjunto de bienes que constituyen mi bienestar, pregunten a su razón si es aceptable la idea de que yo haya descendido y descienda hasta el fango inmundo en que quieren sumergirme mis enemigos; y no dudo que mi justificación ante ellos será hecha. Mas, quiero preguntar a todos y a cada uno de los individuos de mi país, donde he vivido cinco años, a los de este lugar donde resido há tres; si hay alguno entre ellos que tenga el derecho de decirme en mi cara: soy yo quien te ha humillado: tus difamadores no mienten.

He aquí lo que puede hacer una mujer calumniada, cuando como yo tiene el derecho de levantar su frente pura, ante todos los hombres sin temor de que haya uno que tenga la facultad de hacerla doblar ruborizada; he aquí lo que hago en cumplimiento del deber que tengo, como mujer de honor, de justificarme ante la sociedad digna, cuyo juicio y opinión tan solo temo y respeto. Así pues, si en adelante se vuelve a atacarme bajo la capa del anonimato y permanezco en silencio, espero no se crea callo porque acepto mi infamación, sino que, depreciando la calumnia de uno o unos desconocidos, me contento con entregarlos a sus remordimientos, maldición eterna, verdadero castigo de los criminales.

Cipreses (Necrología)

No es sobre la tumba de un grande, no sobre la de un poderoso no sobre la de un aristócrata, que derramo mis lágrimas. ¡No! Las vierto sobre la de un hombre, sobre la de un esposo, sobre la de un padre de cinco hijos, que no tenía para éstos patrimonio que el trabajo de sus brazos. Cuando la voz del Todopoderoso manda a uno de nuestros semejantes pasar a la mansión de los

muertos, lo vemos desaparecer de entre nosotros con sentimiento, es verdad, pero sin murmurar. Y sus amigos y dandos calman la vehemencia de su dolor con el religioso pensamiento de que es el Creador quien lo ha mandado, y que sus derechos sobre la vida de los hombres son incontestables.

Mas no es lo mismo cuando vemos por la voluntad de uno o de un puñado de nuestros semejantes, que ningún derecho tienen sobre nuestra existencia, arrancar del seno de la sociedad y de los brazos de una familia amada a un individuo, para inmolarlo sobre el altar de la ley bárbara. ¡Ah! entonces la humanidad entera no puede menos que rebelarse contra esa ley, y mirar petrificada de dolor su ejecución.

¡Cuán amarga se presenta la vida si se la contempla a través de las sombrías impresiones que despierta una muerte como la del indígena TIBURCIO LUCERO, ajusticiado el día 20 del presente mes, en la plazuela de San Francisco, de esta ciudad!—La vida, que de suyo es un constante dolor; la vida, que de suyo es la defección continua de las mas caras afecciones del corazón: la vida, que de suyo es la desaparición sucesiva de todas nuestras esperanzas: la vida, en fin, que es una cadena mas o menos larga de infortunios, cuyos pesados eslabones son vueltos aun más pesados por las preocupaciones sociales.

¿Y qué diremos de los desgarradores pensamientos que la infeliz víctima debe tener en ese instante?...¡Imposible no derramar lágrimas tan amargas como las que en ese momento salieron de los ojos del infortunado Lucero! Sí, las derramaste, mártir de la opinión de los hombres; pero ellas fueron la última prueba que diste de la debilidad humana. Después, valiente y magnánimo como Sócrates, apuraste a grandes tragos la copa envenenada que te ofrecieron tus paisanos, y bajaste tranquilo a la tumba. Que allí tu cuerpo descansa en paz, pobre fracción de una clase perseguida; en tanto que tu espíritu, mirado por los ángeles como su igual, disfrute de la herencia divina que el Padre común te tenía preparada. Ruega en ella al GRAN TODO, que pronto una generación más civilizada y humanitaria que al actual, venga a borrar del código de la patria de tus antepasados la pena de muerte.



BIBLIOGRAFÍA

- Falconí Trávez, D. (2014). Una incómoda vecindad: Dolores Veintimilla y la literatura de negociación con la alteridad indígena en los Andes decimonónicos. *Lectora: revista de dones i textualitat*, 81–96. <https://revistes.ub.edu/index.php/lectora/article/view/10723>
- Londoño López, J. (2020). *Historia y antología de la literatura ecuatoriana*, Tomo IX-A. Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión.
- Loza Montero, R. (2006). *Dolores Veintimilla de Galindo: poesía y subjetividad femenina en el siglo XIX*. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador / Corporación Editora Nacional / Ediciones Abya Yala.

